

# más solos que la una

Cada día son más las personas que viven y mueren solas. La soledad se ha convertido en una de las grandes enfermedades de la modernidad. "La soledad -dice el padre Ángel, fundador de Mensajeros de la Paz- es lo peor que te puede pasar. Enfermas. Te vuelves arisco. No crees en nada. Te encierras en ti mismo. Sufrés. Algunos se suicidan. Muchos acaban muriendo de pena." He aquí algunas historias de la soledad.

TEXTO Y FOTOS DE **Bru Rovira**

José, sentado en uno de los parques de su barrio. Desde que murió su compañera, Paquita, mientras a él lo operaban en el hospital, José se ha quedado completamente solo. Nunca habla con nadie

**M** iércoles, 29 de octubre del 2003. Crónica de sucesos.

*Jesús Rocamora Aroca, conocido por sus vecinos como "Marlín", murió calcinado en su casa del barrio de Pomar, en Badalona. Según los bomberos, Jesús Rocamora, de 46 años, estaba durmiendo cuando se incendió la vivienda. La causa del fuego pudo ser una colilla mal apagada o la llama de una vela. El domicilio de la víctima no tenía electricidad, agua ni gas. Su mujer y sus hijos le habían abandonado. Sus padres estaban muertos. El último trabajo que se le conocía fue cuando, hace ya algunos años, le dejaban echar una mano en la cocina de uno de los bares del barrio a cambio de unas pesetillas o de un plato de comida.*

*Algunos vecinos explicaron a los periodistas desplazados hasta el lugar del suceso:*

*"Comía bocadillos de arenques. Bebía vino, pero no mucho. Tomaba Transilium para dormir".*

*"A veces dormía tres días seguidos".*

*"Parece ser que recibía una ayuda mensual de 180 euros".*

*"En una ocasión me pidió que le dejara ducharse en mi casa para poder ir a una entrevista de trabajo".*

*"No se metía con nadie".*

*Por decirlo de un modo más prosaico, Jesús Rocamora Aroca, "Marlín", padre de familia, separado, murió a sus 46 años pobre como una rata y más solo que la una.*

#### **Cada día son más las personas que viven y mueren solas.**

El pasado verano, en Francia se disparó la alarma social cuando una ola de calor mató a numerosos ancianos. Más de trescientos cadáveres tuvieron que ser enterrados en una fosa de propiedad pública porque nadie los reclamaba.

En agosto de 1998, el diario "Le Monde" reseñaba la noticia de un hombre mayor que falleció sentado en un sofá mientras miraba el televisor. El cadáver fue encontrado al cabo de nueve meses, convertido en un esqueleto. El televisor seguía funcionando.

Poco tiempo después, la muerte del anciano francés ya no era una noticia excepcional: otro anciano había sido encontrado en el sofá de su casa de Brandeburgo, Alemania, momificado delante del televisor. A pesar de que llevaba cuatro años muerto, nadie se había interesado nunca por él ni se había denunciado su desaparición. El cadáver fue descubierto casualmente durante una inspección rutinaria del edificio.

"La soledad -dice el padre Ángel, fundador de la asociación Mensajeros de la Paz- mata a más gente que el cáncer o el sida. La soledad es lo peor que te puede pasar. Enfermas. Te vuelves arisco. Te cierras en ti mismo. No crees en nada. Sufres. Algunos se suicidan. Muchos acaban muriendo de pena."

El padre Ángel sabe de lo que habla. Sólo en la centralita madrileña del Teléfono Dorado que Mensajeros de la Paz tiene abierto las veinticuatro horas del día para atender a las personas que se sien-

ten solas, cada año se recibe cerca de medio millón de llamadas.

A veces es la voz de una anciana que vive aislada en una aldea y se siente indispuesta. O alguien que sufre una enfermedad terminal. O una señora de mediana edad, casada, con hijos, que dejó de hablar con su marido y necesita comunicarse. A veces sólo llaman para pedir consejos prácticos. "Tengo un grifo que gotea. ¿Qué puedo hacer?" También puede ser alguien que esté a punto de quitarse la vida y necesite que le digan que no lo haga.

En una ocasión en que el propio padre Ángel cogió el teléfono, una mujer le preguntó si podía leer una poesía. Eran unos versos de amor que había escrito hacía cincuenta años y nunca los había leído a nadie. No tenía a quién leerse los.

En otra ocasión, un señor le pidió cantar una canción. Al padre Ángel se le puso la piel de gallina mientras le escuchaba. "Me imaginé una habitación vacía y aquel hombre solo, cantando..."

Los días de lluvia se reciben más llamadas que los días de sol. La primavera es mejor que el verano. La gente está más animada. Las vacaciones de verano son críticas. Muchos ancianos se sienten abandonados por sus familias que han marchado de vacaciones y los han dejado en casa. Aquellos que viven solos sienten el peso de la ciudad, que se vacía.

Lo peor, sin embargo, son las Navidades. Los sentimientos se agu-

## **MENSAJEROS POR LA PAZ LANZÓ UNA CAMPAÑA DE NAVIDAD PARA HACER UN REGALO A GENTE SOLA Y DESCUBRIERON PERSONAS A LAS QUE HACÍA CINCUENTA AÑOS QUE NADIE LES REGALABA NADA**

dizan. El sentimiento de pérdida por los que ya no están. El sentimiento de abandono de los que no tienen a nadie con quien compartir las fiestas. Es la peor época del año para los que están solos.

Para paliar esta sensación de abandono, Mensajeros decidió hacer una campaña de Navidad en la que se ofrecía un regalo de Reyes a la gente que no tenía a nadie que se lo hiciera; descubrieron, horrorizados, a personas a las que hacía cincuenta años que nadie les había regalado nada, ni siquiera un pequeño detalle.

Un día llamó un anciano y preguntó si le podían mandar una muñeca. La quería para su mujer, que estaba impedida en la cama. Era lo que más ilusión le hacía antes de morir.

Al menos aquella mujer tenía alguien que pensaba en ella, porque muchos de los ancianos que llamaron durante la campaña lo hicieron para pedir a los Reyes Magos que sus hijos se acordaran de ellos y les hicieran una visita.

"La mayoría de los siete millones de personas mayores que hay en España -dice el padre Ángel- no recibe el cariño suficiente de sus hijos o nietos; muchos, incluso, están completamente abandonados." "Pero no es sólo un problema de las familias. También la sociedad →



**Ananías camina todos los días. Mientras se cansen las piernas y no pienses demasiado, dice, no hay problema. Abajo, un bebé en uno de los centros que Mensajeros de la Paz tiene en Madrid, para ayudar a las madres solas**





vive de espaldas a los que están solos. Deberíamos pensar que alguna cosa no funciona cuando el presidente de una comunidad de vecinos convoca una reunión porque hay una gotera en la escalera, pero a ningún vecino le importa si Mengano o Mengana lleva dos días sin salir de casa.”

“Una vez, en uno de los orfanatos, tuvimos el caso de un niño de diez años que intentó suicidarse tomando pastillas. Le dije:

“-Hombre, J., ¿por qué lo has hecho?”

“-Es que nadie me quiere.

“-Yo te quiero, tus padres te quieren.

“-Mis padres me abandonaron. Tú quieres a todos los niños. Yo estoy solo.

“¡Tenía razón! ¿Qué pintas en esta vida si no te quiere nadie? ¿De qué te sirve lo que tienes, lo que haces, si no tienes con quién compartirlo?”

### EL BRINDIS DE JOSÉ. Badalona. Barrio de la Salut

El día que a José se lo llevaron al hospital para intervenirle quirúrgicamente de un cáncer de laringe, lo que más miedo le daba no era la operación, sino lo que pudiera pasarle a Paquita mientras él estaba fuera de casa.

José y Paquita se conocieron cuando él tenía 43 años y ella, 63. José trabajaba en un bar al que Paquita acudía a desayunar todas

En el pasado de José hay una escena que nunca olvidará: fue el día en que descubrió a su padre con “otra”. “La fulana”, la llama. José tenía entonces cinco años y aquel día empezó a odiar a su padre con la misma pasión que amaría a su madre. Todavía hoy siente aquel odio, aquel desprecio, aquel miedo... y aquel amor.

La madre de José era planchadora. Se levantaba cada día a las cinco de la mañana y se iba al taller. Por la tarde trabajaba en casa. Vivían en el popular barrio de la Barceloneta. En la calle se jugaba entonces al “mocho”, una especie de béisbol de pobres en el que la pelota era una piedra o un trozo de madera y el bate una simple tabla. En las casas no había nevera ni lavadora. Todos los viernes, un hombre que cargaba una lavadora a la espalda llegaba a casa de José y se la alquilaba por horas. Aquel cacharro enjuagaba la ropa con un rodillo manual y desaguaba en el agujero del váter.

El padre de José trabajaba como descargador en el Born. Jugador, putero –“rojo”, dice José-, pasaba algunos domingos en el bar Chicago, ubicado en el Paral·lel, donde se organizaban timbas ilegales. Cuando estaba en casa, solía poner discos de Rita Pavone en un mueble bar gramola que se había comprado y los escuchaba hundido en el sofá.

Cuando José cumplió 19 años, a su madre le dieron dos meses de vida. José se entregó completamente a los cuidados de la enferma. A veces le preguntaba: “¿Por qué te dejas tratar así por papá?”. “Porque le quiero”, decía ella, y a José se le rompía el corazón. Poco antes de que muriera, el padre quiso hacerla feliz: la llevó al cine, al teatro, a pasear... Parece que murió contenta, pero José sintió que se la habían robado en el último momento. Un día que papá la agasajaba antes de llevársela al teatro, le dijo sin poder contenerse: “No te pases ahora”.

Estaba tan resentido con su padre que, al morir ella, decidió irse a trabajar de camarero a Igualada. Vivía en pensiones. Trabajaba todo el día. Apenas se relacionaba con nadie.

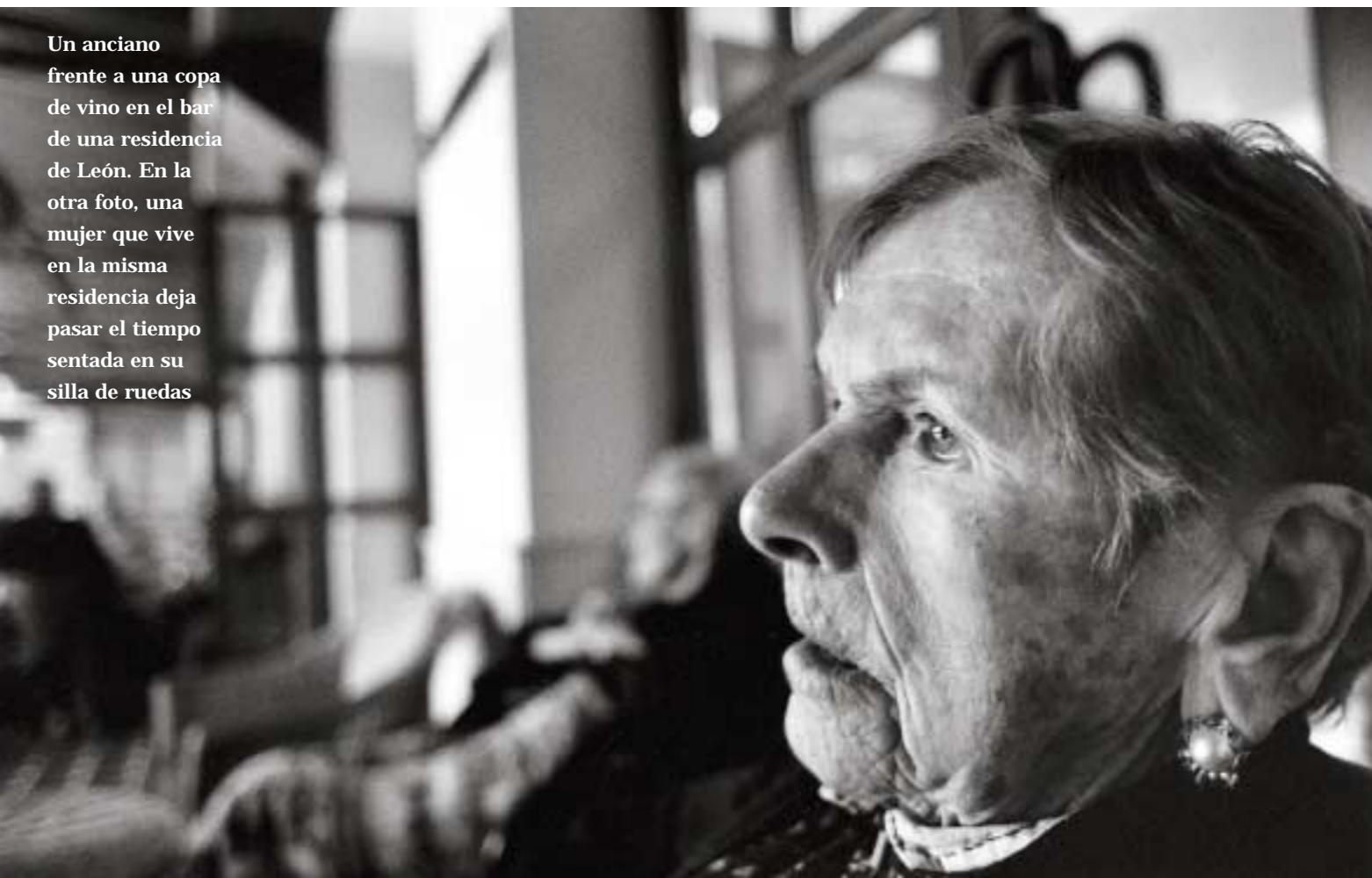
Paquita le devolvió la ilusión.

Y aunque durante los últimos años fue ella la que lo necesitaba para todo, él la cuidaba contento. Hacía la comida. La lavaba. Le daba las medicinas. “Estábamos juntos las veinticuatro horas al día”, recuerda José con una sonrisa.

Por eso no quería dejarla sola el día en que tuvo que ir al hospital para que le extirparan parte de la laringe y de la lengua. Se temía lo peor. Y no se equivocó. Cuando llevaba cinco días ingresado sin tener noticias suyas, decidió llamar a la policía municipal. Vayan a este domicilio, por favor, les dijo. Allí estaba Paquita tendida en la cama, con el café con leche sin tomar encima de la mesilla y la radio encendida.

Vino la hija que vivía en Francia. Se llevó el aceite, el café, el exprimidor de fruta, las sábanas... Se llevó también las cenizas de su madre. El piso quería quedárselo, pero finalmente aceptó hacerle un contrato de alquiler por cinco años a José, que le paga por →

“ALGO NO FUNCIONA CUANDO UNA COMUNIDAD DE VECINOS CONVOCA REUNIÓN POR UNAS GOTERAS PERO **A NINGÚN VECINO LE IMPORTA**



Un anciano frente a una copa de vino en el bar de una residencia de León. En la otra foto, una mujer que vive en la misma residencia deja pasar el tiempo sentada en su silla de ruedas

### SI ALGUIEN LLEVA DOS DÍAS SIN SALIR DE CASA”, DICE EL PADRE ÁNGEL

las mañanas. Ambos eran dos personas solas. Cuando José cumplió los 45 tuvo lo que él llama “una depresión grave”. El caso es que de pronto empezó a sentir pánico por los espacios abiertos. Paquita lo acogió y se ocupó de él durante los dos meses que estuvo sin atreverse a salir a la calle. Luego, decidieron continuar juntos. La diferencia de edad, piensa, no era normal. Pero estaba la vida interior. Pasaban juntos las veinticuatro horas del día. Y él, cuando la miraba, la encontraba una mujer estupenda. Quizá, dice José, nos habíamos encontrado dos almas gemelas, dos almas perdidas...

Ambos tenían un pasado, por supuesto. El de ella estaba trufado de numerosos episodios dolorosos, oscuros. Existía una hija en Francia que llevaba otros apellidos. Existía un hombre que murió de cirrosis. Un hombre violento, jugador y alcohólico que la maltrataba. Existía otra hija, disminuida psíquica, que estaba ingresada en un asilo de monjas en Sevilla. Quizás aquella niña fuera el fruto de algo que ocurrió entre Paquita y un tío carnal suyo cuando Paquita era todavía una niña, cuando aquella niña se convirtió en una mujer y el tío seguía forzándola...

él la mitad de los 260 euros que recibe como ayuda social.

José vuelve a estar solo. Nunca habla con nadie. A sus vecinos sólo los ve por la mirilla de la puerta. Arriba viven unos magrebíes. En la planta baja, unos chinos. Todos los días sale a comprar el diario y la comida. Una vez a la semana va a buscar libros a la biblioteca. Nunca se pierde la telenovela. Aunque sólo puede comer alimentos triturados, le gusta variar el menú: puré de fabada, de pollo, de bacalao, de lentejas. Por Navidad se compra un benjamín y tritura un estofado de ternera. Para Fin de Año, tritura doce uvas en una copa de champán y brinda levantando el brazo en la habitación vacía. Salud, Paqueta.

### FATIHA Y CÓMO LA MIRAMOS. Madrid

Fatiha nació en la ciudad de Nador, en Marruecos. En su casa no se vivía mal. Era, recuerda, pobre pero feliz. Feliz en el sentido de que no se sentía nunca sola. Tenían un patio en el que normalmente se sentaba toda la familia, sus diez hermanos, sus padres, los vecinos. Fatiha trabajaba como modista. Se había especializado en vestidos de novia que tallaba muchas veces en medio del bullicio familiar, cosía la pedrería, añadía los volantes. En aquel patio y en el barrio pesaba, sin embargo, el sentimiento de que más allá del Estrecho existe un mundo donde la gente es rica, libre y feliz. Es un mundo que puede verse a través de los múltiples canales europeos de televisión y que llega todos los veranos con los vecinos que se marcharon y regresan luego con sus hermosos coches cargados de regalos a pasar las vacaciones de verano y lucir sus trofeos, sus éxitos, sus billetes europeos.

Fatiha decidió salir tras aquella estela. ¿Quién puede resistirse al sueño de un futuro mejor?

Llega a la Península en 1997.

No tiene donde dormir, hasta que encuentra una señora que le ofrece un salario a cambio de que se ocupe de ella y de la casa. Se trata de una viuda rica, que vive sola en uno de los mejores barrios de una ciudad cuyo nombre Fatiha desea olvidar. La viuda tiene un perro. Un perro enorme. Negro. La primera noche que pasa en la casa, Fatiha es presa de un ataque de pánico. No se puede creer lo que está ocurriendo en la habitación de la señora. Aunque se tape la cabeza con las mantas y se hunda en la cama, los alaridos de la viuda y del perro no la dejan dormir. Por la mañana, se cruza con el perro y tiene la impresión de que éste la mira, la examina. La señora decide que Fatiha no debe salir más de casa. Tiene miedo de que se marche. Ella misma se encarga personalmente de las compras y deja al perro suelto, junto a la puerta, por si Fatiha tiene la tentación de largarse. Por la noche, cada noche, se repiten los alaridos en la habitación de la viuda. La viuda y el perro. Todas las noches. Un día, Fatiha se inventa una historia para poder salir del piso y ya no vuelve. Ese fue su primer trabajo.

Su segundo trabajo duró un año. Esa vez no lloró de miedo sino

de pena. El señor al que debía cuidar tenía 84 años. Vivía en Barcelona. Estaba completamente solo y abandonado. Cuando Fatiha llegó a la casa, el hombre sólo quería morir. “Lo que yo quiero es morirme de una vez”, le confesó. Tenía dos hijas, pero cuando le llamaban era todavía peor. “Hola, papá. ¿Estás bien? Venga, muá, muá, muchos besos.” Y colgaban. Nunca iban a visitarle.

Poco a poco, la compañía de Fatiha cambió la vida de aquel anciano. Empezó a preocuparse por lo que ella hacía, por dónde iba los días que libraba. Quería salir todos los días, y Fatiha lo ponía bien guapo, limpio y peinado, lo cogía del brazo y se lo llevaba de paseo. Hacían largas caminatas. Montjuïc. La Rambla. El Paral·lel. El hombre ya no se quería morir. Aquella “morita” que lo mimaba y lo escuchaba, que lo ayudaba a lavarse, que se comportaba, dice Fatiha, como hacemos las hijas en Marruecos con nuestros padres, le había devuelto el gusto por la vida.

Hasta la noche en la que el hombre tuvo un infarto. Eran las dos de la mañana. Fatiha se ocupó de todo. De llamar a la ambulancia. De acompañarlo al hospital. De llorar mientras estaban operándolo. De llorar cuando le dijeron que había quedado mal y que tenían que ingresarlo, que ya veríamos lo que aguantaba.

Fatiha tuvo que volver otra vez a la calle. Encontró otros trabajos. Viajó a Madrid. Se casó con un marroquí al que conocía. Se quedó embarazada y poco después la despidieron del lugar donde traba-

## TRAS SU SEPARACIÓN, FATIHA SIGUE LUCHANDO. TRABAJA CUIDANDO ANCIANOS A LOS QUE NADIE QUIERE CUIDAR. LUCHA TAMBIÉN POR NO TENER QUE VOLVER ATRÁS, REGRESAR A CASA

jaba porque una “morita” no está para que la cuiden, y si encima que les damos trabajo resulta que se quedan embarazadas, estamos apañados, faltaría más.

Nació el hijo. Surgieron algunos problemas con su marido. Se separó. Sigue luchando. Trabaja esporádicamente cuidando ancianos a los que nadie quiere cuidar. Lucha también por no tener que volver hacia atrás, volver a casa. “Si lo hiciera -dice Fatiha-, sería una derrota. ¿Cómo me recibiría papá?” No tiene piso, apenas tiene dinero. No tiene hombre ni tampoco familia. Algunos días llama a Nador por teléfono y habla con mamá. Le dice que está bien para no hacerla sufrir, pero hay veces en que la traiciona el llanto, un llanto incontenible que trata de disimular mientras se agarra al auricular y se parapeta en la cabina para esconderse de la calle, donde algunos la miran con desprecio y tuercen el gesto con un chasquido: “Joder, estos moros”.

“El desprecio que percibo en vuestro país está en casi todas las miradas, y siento como si me clavaran un cuchillo en el alma”, sostiene Fatiha. →



Un hombre besa el rosario en una iglesia. Abajo, uno de los jóvenes que ocupan los cuarteles de Sant Andreu, en Barcelona, tras haber pasado un año en la calle, viviendo en cajeros automáticos

CUANDO M. LLEGÓ AL CENTRO NO RESPONDÍA A NINGÚN ESTÍMULO. AHORA LLORA Y EMPIEZA A OÍR. A LOS EDUCADORES SE LES CAE LA BABA AL VER QUE A AQUEL NIÑO DESAHUCIADO LE ENCANTA DAR Y RECIBIR CARIÑO

#### LA SOLEDAD DE SONIA. Valladolid

M. nació en un lavabo. Su madre, prostituta, se desentendió del bebé desde el principio y tuvo que ser una amiga suya la que lo llevó al hospital. Le diagnosticaron el síndrome de Menkes. Su cerebro ha sufrido daños irreparables. Es sordo y ciego. Sufre ataques de epilepsia de vez en cuando y no puede comer por la boca porque se ahoga, de manera que todos los alimentos hay que sonarlos directamente al estómago. Su esperanza de vida no sobrepasa los cinco años. La madre ha renunciado a su hijo, y M. vive actualmente en un centro para niños disminuidos que Mensajeros de la Paz tiene en Valladolid.

Sonia es su cuidadora principal. La relación con M. y con su trabajo la ha transformado completamente. Antes, dice, era como la sota de bastos. Un carácter duro. Ningún sentido del humor. Ahora se ríe constantemente. Y se la ve feliz. Contenta con su cuerpo. Contenta con la vida. Contenta de ver cómo ha cambiado M.

Porque cuando M. llegó al centro no respondía a ningún estímulo. Ahora llora, protesta. Ha empezado a oír. Reclama la presencia de otros niños. A todos los educadores se les cae la baba al observar estos progresos y descubrir que a aquel niño desahuciado, nacido en un lavabo, le encanta recibir y le encanta dar.

En este centro hay otros niños y niñas abandonados. Niños por los que nadie daría un duro, que nadie quiere adoptar. El día antes de que lo visitara, L., que tiene cinco años, estaba haciendo ejercicios en la piscina y, de pronto, dijo "Hola". ¡Era la primera vez que decía una palabra entera!

A veces, los educadores los suben a sus cochecitos ortopédicos y los sacan a tomar el sol. Les encanta pasear por la ciudad. Sentir la vida y el bullicio que se genera a su alrededor.

Pero cada vez que salen a dar un paseo, los educadores tienen que aguantar malas caras de la gente con la que se cruzan e, incluso, algún comentario agrio sobre cómo se atreven a pasear a "estos niños, pobres".

Por eso esta no es una historia de la soledad de M., que tiene en Sonia a quien lo cuide, sino la historia de la soledad de Sonia, que se siente impotente ante "la brutalidad de la gente, su incompreensión, su egoísmo, su falta de humanidad".

#### LAS ESTRELLAS DE ANANÍAS. La Bañeza (León)

Ananías Martínez camina todos los días sus dos o tres kilómetros. Mientras se cansen las piernas, dice, todo va bien. La cuestión es que no se canse la cabeza. Que no piense demasiado. La cabeza juega muy malas pasadas. Empiezas a darle vueltas a aquello, a lo otro, y te quieres morir. Ananías, que tiene 97 años, sale pues todas las mañanas a buena hora y camina hasta el centro de La Bañeza, donde se entretiene haciendo recados para los compañeros de la residencia geriátrica en la que vive. Galletitas para una. Caramelos, la otra. Un ovillo de hilo. Un jabón especial de la farmacia...

Ya son dieciséis años desde que murió su señora.

Era el mes de enero de 1926 cuando Ananías decidió emigrar a las Américas y marchó de su pueblo natal, Santa Gloria de Tera, en Zamora. La gripe española le había dejado huérfano de padre y madre. Así que subió al tren de Vigo y allí gastó el poco dinero que le quedaba en un pasaje rumbo a Buenos Aires. Cecilia Ramos viajaba en el mismo barco. Fueron 24 días durmiendo en cubierta, compartiendo las estrellas antes de compartir la vida.

En Argentina, Ananías y Cecilia formaron una familia. Él trabajaba como fontanero. Ella se ocupaba de los hijos. La casa en la que vivían la levantaron con sus propias manos.

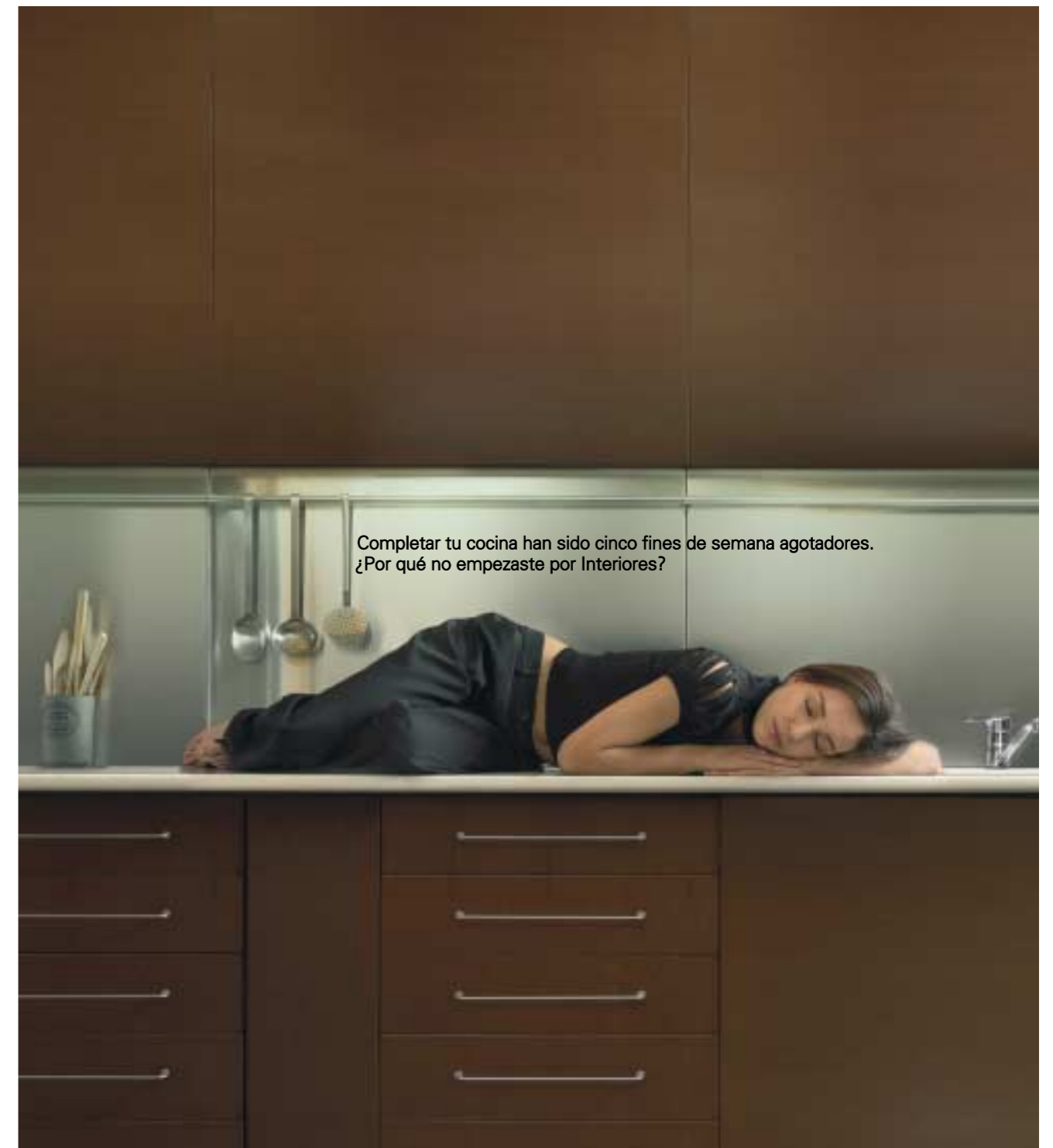
En 1987, Cecilia murió después de una larga enfermedad. Ananías la estuvo cuidando durante nueve años. La limpiaba. La levantaba. La cambiaba de posición. Le daba la comida en la boca. Ninguno de sus hijos apareció por casa durante aquellos años para saludarlos o echarle una mano.

-Ella murió en mis brazos -recuerda-. "¡No tengo hijos!", se quejaba mientras preguntaba por qué no la visitaban. Y yo tenía entonces que girar la cara para que no viera mis lágrimas. La tenían como a una cosa cualquiera.

Al morir su mujer, Ananías se quedó completamente solo. La soledad, recuerda, es fatal. No sabes hacia dónde tirar. Estaba amargado. Ya nada tenía sentido.

El año pasado, Ananías, fontanero de profesión, decidió acogerse a un programa que facilita el regreso a España a los emigrantes ancianos que lo deseen. Ahora vive en una residencia, en el pueblo de La Bañeza. Todos los días sale a cansar las piernas. Estos últimos meses, una señora de la residencia se ha unido a sus caminatas, y Ananías ha empezado a perder la aprensión que sentía a dejar volar libremente el pensamiento. Vuelve a encontrarle gusto a la imaginación, a los sueños, a las palabras. Y cuando levanta la vista al cielo ya no le tiene miedo a la visión de las estrellas que lo guiaron durante su primer viaje con Cecilia Ramos. Más bien le recuerdan que tuvo una vida plena con ella y que el dolor que siente por la pérdida y el abandono en que quedó se transforma en belleza cuando hay alguien que camina a tu lado. ●

Mensajeros de la Paz, información: 900-22-22-23 y <http://edaddorada.tsai.es>



Completar tu cocina han sido cinco fines de semana agotadores. ¿Por qué no empezaste por Interiores?

La encimera, el horno, los muebles, los tiradores, la grifería... En la revista Interiores encontrarás lo que te gusta y sabrás donde conseguirlo. Elige, cada mes, entre todos los estilos, ideas y tendencias. Por sólo 2 euros. **Interiores. Decoración para vivir.**

**INTERIORES**  
Ideas & Tendencias

